

Transgresiones de la sensibilidad

La querida del pescadero



de la que jamás se hablaba en la familia del clérigo, como si no existiera, avergonzados todos de cómo una “chica tan guapa y tan modosa” como había sido en la adolescencia y primera juventud hubiera, sin saber cómo, dado un giro tan escandaloso a su vida y convirtiéndose no ya en la *madame* culta que podía recitar de cabo a rabo y de corrido a poetas como Dante o Ludovico Ariosto, que ello no habría sido ningún

desdoro dado lo elegantes que solían ser aquel tipo de *meublés* y cuán distinguidos los caballeros que los frecuentaban sino¹ la en extremo humillante historia del pescadero.

¹ Y eso era lo malo, lo que no podían perdonarle, lo que si era cierto — y no tenía por qué no serlo porque el chico, además de su defecto físico, tenía poquitas luces y era tirando a cortito —, que lo relatado por Albertito el del tuerto (en pie de página sí, y en letra por tanto muy pequeña, pero ahí estaba para quien quisiera echarle un vistazo) arruinaría todo el abolengo tan rancio que desde tiempo inmemorial venían acarreado “nosotros, los Fulanitez” (Seudónimo un tanto tópico que utilizamos aquí para no cargar más las tintas del desprestigio sobre unas personas tan respetables y tan dignas).